

DISCURSO ANTE LA
SEXTA GRADUACION DE
PROFESIONALES EN EL INTEC

ROBERTO B. SALADIN SELIN

Acepto emocionado el honor que se me ha conferido en calidad de Regente, de pronunciar este discurso con motivo de la graduación de un nutrido grupo de profesionales que el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, le entrega en este día auspicioso a la sociedad dominicana, consciente el INTEC como institución, de que, dentro de la riqueza de un país, nada tiene la relevancia que representa el capital humano. Los profesionales que hoy visten las galas ceremoniales del birrete, saben qué espera la Nación dominicana de ellos, y saben asimismo que, como recursos humanos formados en el INTEC, serán herramientas destinadas a transformar la realidad social que los rodea. Orgullo profesional, vocación, recuerdos emocionados de las arduas horas de esfuerzo penoso en pos de una carrera; la mano siempre abierta, robusta y fuerte del apoyo familiar; la inspiración, a veces también de una novia en las horas de duda y desaliento, todo, en este día, se agolpa en vuestras mentes donde habéis llegado a una meta que cierra una etapa de vuestras vidas.

Todos experimentaréis, al concluir la ceremonia de graduación, una inmensa satisfacción que todos compartimos. El INTEC, Alma Máter que os cobijó dentro de sus fueros académicos, será una huella indeleble de vuestro pasado. Ante vosotros, se abren nuevos horizontes cuyos únicos límites serán aspiraciones, ambiciones y sueños.

Pasó ya la época, en la que se repetía como fórmula sacramental que la juventud era la esperanza de la Patria. Vuestro compromiso con la sociedad domi-

nicana, va más allá que la simple esperanza. Como generación, os toca asumir responsabilidades ya, de inmediato.

Parecería insensato poner en vuestros hombros responsabilidades cuyas raíces se hunden en el pasado, pero como os toca vivir en el presente y en el futuro de nuestro país, ahora que comenzaréis también con vuestro trabajo a modelar la arcilla de lo que será la Patria de todos, cabría a manera de reflexión, de meditación rigurosa que nos adentremos en el alma de la Patria, y preguntarnos... ¿A dónde va la República Dominicana?

Pido, pues, vuestra benevolencia. Hoy, que se abren las puertas de las responsabilidades en vuestra vida profesional, edifiquemos como en la parábola, sobre la roca sólida de las verdades que nos circundan; sin temor, aun dentro del regocijo que nos embarga, a tocar los temas donde la Patria, como decía Unamuno, duele.

Un historiador dominicano, acotó en una ocasión, que las nuevas generaciones sólo eran capaces de agruparse para protestar, pero no para construir. Propicia es, pues, esta oportunidad para debatir hoy, con esta pléyade de mujeres y hombres que traspasan el umbral del plano de las ideas al campo de la acción como fuerzas productivas, a dónde va la República Dominicana.

Redimensionamiento del Estado

Durante mucho tiempo, los dominicanos hemos sentido una gran adoración por el Estado. Convencidos estábamos de que el Estado-taumaturgo, podía solucionar todos los problemas de la República Dominicana. Tan profunda llegó a ser la disociación en Estado y pueblo, que el instrumento del primero, el Gobierno, aparecía como una realidad milagrosa, capaz de resolver con sus propios recursos, todos los problemas del desarrollo económico y social. La fuente de los recursos fiscales, a través de los impuestos, el contribuyente, aparece como alguien secundario, irrelevante ante la omnipotencia del Estado-Gobierno.

Se necesitaron 19 años para que captásemos plenamente la idea de que no hay Estado-milagro. El Estado somos todos los dominicanos, y no hay dominicano dotado de la facultad de hacer milagros.

Detrás de la línea de pensamiento expuesta, yacía como leit-motiv el autoritarismo providencialista. Posteriormente, en la evolución operada a mediados de la década de los 60, la incorporación a través de los medios de comunicación de masas, de conceptos económicos, tales como los "ingresos per cápita", "producto nacional bruto" (PNB), etc. permitieron crear a los profetas del desarrollo una nueva religión: los modelos económicos. El país inició su transformación. El

crecimiento está a la vista. Pero, ¿qué crecimiento? ¿A cuántos dominicanos dejó fuera el ingreso per cápita, o el crecimiento del PNB? ¿Cuántos dominicanos tuvieron que emigrar? Quizás, la variable a maximizar no era el producto nacional bruto (PNB), sino el Bienestar Económico Neto, tomándose en cuenta, sobre todo, el nivel de vida, las condiciones de vida y el medio ambiente. El capítulo correspondiente a los sufrimientos que han generado las migraciones dominicanas, está aún por escribirse, aunque el epílogo, sin duda alguna, ya tiene su título: ¡Regina Express! Todo el lenguaje con que las cifras de seis ceros a la derecha, ha revestido el desarrollo económico, no han logrado descolonizar las provincias de nuestro país. Aún las favorecidas con recursos naturales, renovables o no, no han recibido los beneficios directos económicos de los mismos. ¿Para qué, se preguntan muchos, quiere una provincial tener una mina de oro y plata, bauxita o ferro-nickel, si los impuestos, regalías, etc., no se revierten directamente en beneficio de la misma? Idem para los impuestos generados por el azúcar, café, cacao y otros. La magia de las cifras, de la "contaminación economicista", sigue levantando monumentos a la centralización fiscalista. El Estado centralista, no admite, ni la regionalización, ni la autonomía municipal efectiva.

El Estado, sus funciones, tiene que ser redimensionado. La figura del contribuyente tiene que crecer, fortalecerse, madurar. Deben crearse los controles adecuados, que al presente son insuficientes. Obsérvese, como un simple ejemplo, que el Presupuesto de Ingresos del Gobierno Central para el año 1980, asciende a RD\$805,437,500 millones, correspondiendo RD\$796,137,500 millones al Fondo General y RD\$9,300,000 millones a los Fondos Especiales. Desconcertante resulta que, comparado con el Presupuesto del Gobierno Central, el Presupuesto de Ingresos y Gastos de las Instituciones Descentralizadas y Autónomas, ascienda a RD\$2,535,172,634 millones como total general de ingresos. Cabría preguntarse... ¿Son suficientes los controles establecidos a través de la Contraloría General de la República y la Cámara de Cuentas, independientemente de la existencia de Contralores Internos en cada institución, para que el ciudadano, el contribuyente, comprenda la magnitud de los recursos puestos a la disposición del sector público? ¿Es suficiente que la Dirección de Presupuesto publique sobre cada año fiscal transcurrido, un volumen sobre el Presupuesto Ejecutado, el cual no es más que un puro ejercicio de cifras, sin evaluar las metas a corto, mediano y largo plazo de cada proyecto supuesto a ejecutarse? ¿Le basta al contribuyente con las informaciones sobre los gastos corrientes y los gastos de capital que acceden de tiempo en tiempo a la opinión pública? ¿Qué rentabilidad ha tenido para el ciudadano común la enorme masa de recursos económicos puestos en manos del sector público?

Estimo que ha llegado el momento de que el contribuyente no sea sólo un sujeto pasivo, sino activo en todo lo referente a la inversión de los impuestos que paga. Sólo un uso óptimo de los ingresos fiscales podrá convertir en metas via-

bles, salud, alimentación, educación y trabajo, para una población que contempla aún como metas a conquistar, el agua potable y la electrificación del país.

Sería deseable, en función de lo arriba expresado, que se legislase en el sentido de que los Estados Financieros mensuales completos de todos los organismos del Gobierno Central y de las Instituciones Descentralizadas y Autónomas, fuesen publicados trimestralmente en un número especial de la Gaceta Oficial o que se crease un Diario Oficial con ese solo objeto, para cumplir con ese derecho sagrado a la información, que tienen los contribuyentes. De manera especial, debería consagrarse legislativamente la obligación de las instituciones bancarias oficiales, como el Banco Central, el Banco de Reservas, el Banco Agrícola y la Corporación de Fomento Industrial, etc., de ser auditadas por firmas de auditores externos, debiendo publicarse completos los Estados auditados con las notas y observaciones. Al respecto cabe señalar que el Banco de Reservas fue auditado externamente para el pasado año de 1979.

La sociedad dominicana ha sido testigo del despilfarro de numerosos recursos en los últimos 20 años. Las empresas estatales han sido un cementerio de millones de pesos. Parecería, a la luz de los últimos resultados alcanzados por las empresas del Estado, una audacia atreverse a hablar aún del rol del Estado como Administrador. ¡Algunas de ellas, sin hablar del CEA o la CDE, tienen pérdidas acumuladas por el orden de los RD\$22.0 millones de pesos! Hay que repensar totalmente la función de dichas empresas, dentro de las alternativas que se han propuesto acerca de ellas o pasarlas pura y simplemente al Presupuesto Nacional.

Independientemente del hecho de los cambios ocurridos en la Cosa Pública, se advierte a nivel nacional, en los últimos 4 años, una caída en el elán vital, si se quiere, donde no se perciben ideales o proyectos que impacten la imaginación de las masas, fuera del área siempre controversial de la política. La vida pública necesita esas dosis de grandes metas que sólo el carisma de los hombres de Estado o de los grandes capitanes del mundo empresarial, o los líderes suelen insuflar a los pueblos.

El sector público no ha escapado a ese fenómeno. Pero cabe destacar, sin embargo, que hoy existe una conciencia más realista en cuanto a que el destino dominicano, no está en manos tan sólo del sector público. Los dominicanos estamos confrontados a asumir la responsabilidad de nuestro propio destino.

Lo que está en causa, es si el sector público como tal, es un instrumento de desarrollo o si ha devenido un marco de referencia obsoleto, incapaz de generar progreso y satisfacer las necesidades de desarrollo del país, a corto, mediano y largo plazo.

Administradores para Qué

Durante mucho tiempo, nuestra opinión pública ha estado penetrada sutilmente por una antinomia: Sector Público Vs. Sector Privado. A pesar de que nuestra clase empresarial es de reciente formación, es innegable que ha dado muestra de una agresividad, dinamismo y asimilación de técnicas modernas, sorprendentes. El país puede sentirse orgulloso de esta joven generación de capitanes de empresa que han hecho fortuna exitosamente. Aunque el sector público fue la escuela donde se formaron muchos de ellos, muchas veces al pasar al sector privado, la concepción empresarial fue la de producir para el mercado local. Faltó la dimensión de los hombres que hicieron del azúcar, el café, cacao, el tabaco, etc., en el pasado, aún en función de materias primas, faltó repito, el salto a los mercados externos, el espíritu de conquista de nuevos mercados.

Se trate de administradores públicos o empresarios privados, la misión fundamental es la misma: generar riquezas. Riquezas que sirvan de herramienta para crear nuevas fuentes de trabajo, que contribuyan a elevar el nivel de vida de los dominicanos. Cada peso que administre un empresario, ya sea en el sector público o privado, tiene que ser usado óptimamente. El mal uso de los fondos públicos o su inversión en gastos corrientes de forma desusada, constituye un despilfarro que frena aún más la liberación del estado de miseria, insalubridad e incultura en que se encuentran sumergidas las mayorías nacionales. Frente a un banco comercial, la responsabilidad de ambos empresarios es idéntica, someter un proyecto, obtener el préstamo, a tasas de interés que permitan un beneficio para el banquero y la empresa, sea ésta pública o privada. Su parámetro: La rentabilidad de la inversión.

Nuestro país, y no existe ninguna duda en la siguiente afirmación, necesita de empresarios agresivos, tanto en el sector público como en el sector privado. Ahorro, inversión, beneficios, tienen que ser las bases de sustentación del Bienestar Económico Neto del pueblo dominicano, pero de todo el pueblo, y no de la minoría que hasta el presente, con su consumismo, mantiene marginado de una economía de mercado a la gran mayoría. Se equivocan quienes creen que podemos prescindir de los empresarios. Ningún sistema económico podrá prescindir de los empresarios. Algunos ilusos, basados en espejismos dialécticos, han creído con algunos teóricos, que se llegará a una especie de "eutanasia de los empresarios", basados en la suposición de que, una vez convencidos éstos de que la supervivencia del capitalismo es imposible, acabarán por aceptar convertirse en meros administradores de sus empresas al servicio de la sociedad.

La República Dominicana sólo podrá superar su estado de subdesarrollo actual, si es capaz de formar en los próximos años, unos tres mil administradores capaces de asumir el reto que esto implica.

Debemos, sin embargo, enfatizar que a fin de optimizar el uso de los recursos nacionales, debe de existir una mayor convergencia entre ambos sectores en lo que a planes de desarrollo se refiere. La planificación tiene que dejar de ser un simple catálogo o inventario de proyectos. Cuando de desarrollo se trata, tiene que haber una participación del ciudadano, ya que, en caso contrario, se lamentará la falta de discusión de opciones representativas, tanto sectoriales como regionales. Recuérdese el destino que tuvieron "Las Bases para el Desarrollo Nacional" (Dic. 1965), la "Estrategia del Desarrollo" (mayo 1966), el esfuerzo monumental que representó la "Plataforma para el Desarrollo Económico y Social de la República Dominicana" (1968-1985), preparados por la Oficina Nacional de Planificación, dependencia de la Secretaría Técnica de la Presidencia, más el "Plan Trienal de Inversiones Públicas 1980-1982" y los otros planes regionales. La planificación, señores, "debe de partir de una visión integral del tipo de sociedad a que se aspire". Como lo expresara un eminente pensador "la misión primera de la planificación consiste, pues, en traducir las aspiraciones políticas, sociales y económicas, libremente expresadas por el pueblo, en la configuración de un cierto modelo de vida", fin de la cita. Cabe agregar que no hay planificación, ni modelo económico perfecto. Hoy que existe una obsesión por los modelos económicos, dentro de un ambiente matizado por deformaciones ideológicas, sobre las bondades de los regímenes capitalistas o socialistas, preciso es recordar aquella frase, que ese conocedor profundo del alma humana, Shakespeare, pone en labios de Hamlet, cuando le dice a su amigo Horacio: "el mal no está en las estrellas Horacio, sino en los hombres que las contemplan". No son los modelos, somos los dominicanos los que estamos en tela de juicio como administradores de esa empresa nacional que se llama República Dominicana.

La Dependencia

Nuestra sociedad es alimentada cada cierto tiempo con un nuevo mito. Como lo afirmara una vez el General De Gaulle de que "Francia era un país arrasado por los mitos", también la República Dominicana ha sucumbido a ese manjar para exculparse de su frustración e impotencia, para crear una sociedad donde cada dominicano tenga derecho a un ingreso mensual de no menos de RD\$300.00 pesos. Esta vez, la droga milagrosa para curarnos de los remordimientos de conciencia ha sido la dependencia. No hubo ni originalidad en incorporar ese nuevo fármaco político al folklore nacional, ya que también es importado.

La genética política nos vendió la dependencia. Todo lo negativo en nuestra economía, tiene su etiología: la dependencia. Pero, ¿no será que es más fácil culpar a la inversión extranjera de todas nuestras frustraciones, incapacidad, despilfarro, exorcizando así los demonios que señalan a tantos dominicanos como responsables de nuestras bajas tasas de producción, demagogia empresarial, distorsión de las reglas de la libre empresa, en una economía capitalista como lo es

la nuestra? ¿No será que resulta altamente mortificante, mientras vemos que empresas nacionales de servicios tienen en su nómina tres mil empleados de más, o que se quedan sin estados financieros durante cinco meses, ver a otras empresas extranjeras de servicio, operar eficientemente, rentablemente? ¿No será que mientras el emporio azucarero estatal cada cierto lapso de tiempo ha estado caminando sobre el filo de la bancarrota, la eficiencia del sector privado nacional y extranjero mortifica de manera urticante a los que sostienen las excelencias del Estado como administrador? Extraña dependencia que le permitió al país tener empresas como la Rosario Dominicana, S.A., hoy propiedad del pueblo dominicano y la Falconbridge. Porque sin el espíritu empresarial de los que arriesgaron capitales y empeños, todavía el mineral de dichas minas dormiría el sueño eterno.

Recuérdese que ya el emporio azucarero estatal fué objeto, para salvarlo de la quiebra en 1966, de un saneamiento, mediante el cual, el Estado limpió la deuda de aproximadamente RD\$29.0 millones que le debía al Banco de Reservas, con acciones del capital del Banco Agrícola que le fueron pagadas al Banco de Reservas. El CEA quedó saneado, entre comillas, a costa del Banco de Reservas.

¡La dependencia! Suena tan bello el vocablo, que con él nace lo que he llamado, la dependencia de la dependencia; los espíritus que siempre necesitarán colocar en hombros ajenos, nacionales o extranjeros, la incapacidad y falta de dinamismo gerencial para realizar lo que es una responsabilidad exclusiva de los dominicanos: el desarrollo nacional y una administración gerencial de las empresas tanto públicas como privadas, que responda a estrictos criterios de rentabilidad.

Haití y la República Dominicana

A pesar de que un estadista dominicano calificó a Haití y a la República Dominicana, como hermanos siameses, hasta ahora, abstracción hecha de una minoría de ideólogos delirantes, plenos de desvaríos históricos, ninguno de nuestros dos pueblos ha asumido con cabal y profunda responsabilidad el futuro económico de las dos naciones. Aisladamente, sin la más mínima noción de lo que representamos como un espacio económico para el desarrollo conjunto de proyectos regionales, hemos iniciado la prospección de los recursos no-renovables, cada uno aisladamente, soslayando las posibilidades de desarrollo de una multiplicidad de proyectos que serían acogidos en el seno de los organismos financieros internacionales con una mayor receptividad; no hemos insistido quizás lo suficiente en planificar a nivel insular la explotación de los recursos pesqueros; ni mucho menos aún el desarrollo de industrias complementarias en determinadas áreas; por otro lado, ha faltado a nivel de nuestras propias autoridades educativas, la visión de implementar un programa anual de 100 becas a nivel universitario, que podría ser canalizado a través de la OEA o de la UNESCO, para formar pro-

fesionales que, una vez de regreso a su país, contribuyeran a cooperar en sus esfuerzos de desarrollo.

Excepto en el campo del intercambio comercial, donde ha habido un crecimiento evidente a partir de 1972, todo está por hacer, en un plano de cooperación técnica y de esquemas más dinámicos. Es, no lo dudemos en ningún momento, a la República Dominicana, a quien le toca asumir las iniciativas aquí descritas que son simplemente enunciativas. La generación de dominicanos de hoy, tiene que estar consciente de que tiene dos batallas que librar contra la pobreza y el subdesarrollo: la nuestra y la de Haití. El desafío demográfico presente, ya no es reversible.

¿Dónde estamos como Pueblo, como Sociedad y como Economía?

Tengo la plena seguridad de que la pregunta hecha, obligaría a cada uno de nosotros a meditar algunos momentos en la intimidad de nuestra conciencia, juez insobornable, para dar una respuesta a la misma. Pero ensayemos una mini-respuesta. Como pueblo, después de 136 años de Independencia heroica, todavía nos debatimos con problemas de identidad. Como sociedad organizada vamos aún en búsqueda de instituciones que aseguren la existencia de un régimen de libertades públicas, basado en el tríptico sagrado de los Padres Fundadores de la nacionalidad: Dios, Patria y Libertad. Como economía, a pesar de lo que se ha avanzado, aún nos flagelan los problemas de la pobreza, el desempleo, el analfabetismo, la falta de salud y la desigual distribución del ingreso.

Existen, señores, dos Repúblicas Dominicanas. ¡Una, que ya ha viajado en el Concorde a velocidad supersónica, y otra que aún no se ha puesto un par de zapatos! Muchos, para no ver la República descalza correrán la cortinilla de su ventanilla.

Es aquí donde los dominicanos de hoy tenemos que aceptar la responsabilidad de que el costo social del subdesarrollo es una injusticia que recae sobre todos. La democracia, como la definiera José Enrique Rodó, implica "igualdad en el punto de partida, desigualdad en el punto de llegada". Es decir, por el hecho de haber nacido en el territorio nacional, cada dominicano debería tener el derecho de acceso a la salud, la educación, el trabajo. Ese sería el punto de partida. La llegada, sería esa chispa que habita en lo más profundo de los seres humanos, que hace a unos genios, a otros obreros, a otros choferes, a otros pintores. Porque la naturaleza no ha hecho a dos seres iguales, pero el gobierno de los hombres sí tiene que asegurarles a todos una igualdad en el punto de partida.

Reflexionemos por un instante en lo expresado por otro pensador sudamericano. "Si el precio de la libertad de unos pocos, necesita mantener en condiciones

de subdesarrollo a más de la mitad de un país, no dudemos ni por un instante que las bases de la libertad serán muy precarias”.

Los dominicanos tenemos un reto. Un reto que nadie lo asumirá por nosotros. Si bien es verdad que el país carece de los recursos económicos para romper las barreras de nuestro subdesarrollo, no es menos cierto que no estamos usando a plenitud el tremendo potencial en recursos humanos subutilizados por falta de una mística que los oriente y aproveche. Están faltando grandes ideales que motiven a las generaciones actuales a comprometerse a fondo con la suerte y el destino del país. Está faltando el orgullo que sienten empresarios de otros países, cuando saben que como fruto de su acción, cien familias de su país tienen un trabajo asegurado. Cada hombre y mujer tiene que sentirse comprometido con el destino del país donde vivirán sus hijos.

Estimados graduandos, como expresara al inicio de estas palabras, en este día memorable de vuestras vidas, donde usualmente siempre se escuchan palabras de felicitación y buenos deseos, he osado abordar, abusando de vuestra paciencia, de vuestra benevolencia, temas que es usual tratar en otros foros. Sé, sin embargo, por el conocimiento adquirido a través de vuestras autoridades académicas y los informes rendidos a la Junta de Regentes por el Rector de esta universidad, que el temple y la reciedumbre de vuestra formación profesional, ha sido forjado, no tan sólo en las aulas académicas, sino codo a codo con el pueblo dominicano; cuando los meteoros David y Federico sembraron desolación, destrucción y muerte, vuestra abnegación y desprendimiento en esos momentos, testimonia que los profesionales que hoy egresan de esta universidad, tendrán como culto, la responsabilidad y el espíritu de servicio a la tierra que los vio nacer. Por eso también la interrogante lanzada a vuestros espíritus. ¿A donde va la República Dominicana? De ahí los temas esbozados: Redimensionamiento del Estado; Administradores para qué; La Dependencia; Haití y la República Dominicana; Dónde estamos como Pueblo, como Sociedad y como Economía. Al ver vuestros rostros, al conocer el rigor de vuestra preparación intelectual, siento que todos compartimos un sentimiento de optimismo.

Al felicitaros por el éxito alcanzado y hacer votos por el triunfo en vuestras carreras profesionales, deseo también dejar constancia, como miembro de la Junta de Regentes, de nuestras felicitaciones al Rector del INTEC, a su personal académico y a vuestros familiares, porque de todos es también la alegría que compartimos esta tarde.

Muchas gracias.